





EL GRAN ESPECIFICO



Para aumentar y embellecer el Cabello
LAS SIETE HERMANAS
SUTHERLAND

Una familia entera con una preciosa

Cabellera

debido á este **REMEDIO**

DE VENTA EN LA Farmacia Central

AMERICAN TRADE DEVELOPING CO.

Comerciantes en artículos de papelería y Escribanías

Banqueros de AMERICAN EXPRESS COMPANY.
PITT & SCOTT EXPRESS COMPANY

AGENTES DE The Board of Hamburg Underwriters, Union Assurance Society, London; Mannheimer Insurance Company, Curtis's & Hervey Limited Gunpowder; Westfalischer Lloyds, The Bradstreet Company, Deutscher Lloyds, Berlin; Compañías de Seguros Marítimos *El Día*, Upper Rhine Insurance Company; Deutsch Dampfschiffahrts Gesellschaft *Kosmos*



Vendemos á los precios más reducidos de la plaza

Kerosene, Jabón, Velas, Manteca, Azúcar, Alambre de Púas Provisiones, Leche Condensada, La afamada CHAMPAGNE de Charles Heidsieck, y Cognac Bisquit Dubouché.

Cual es
la hora
fija?



Para obtenerla usen ustedes un reloj de precisión como de - - - -

Omega,

Longines, Roskopf, Berna, Tavannes y Waltham Watch Co.

Unico Agente:

José Misteli.

El almacén más surtido en joyería y artículos de fantasía.

TODO GARANTIZADO

Emanuel Lyons

Importador,
Exportador y
Comisionista.

... Carrera de Bolívar ...

Artículos enlozados, blancos y decorados.

Artículos electro plateados de las mejores marcas

Cuchillería superior, Lámparas de colgar y de pie
Útiles para el servicio de la casa, Molduras y vidrios para Cuadros

El surtido más completo de FERRETERIA.

Cemento, Hierro acanalado, Pinturas, Material de construcción.--Las mejores HERRAMIENTAS para ARTESANOS.

¡¡PRECIOS SIN COMPETENCIA!!

EL HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

Director: GUILLERMO ANDREVE.

"Bien faire et laisser dire."

PAISAJE

Hay allá en las orillas de la laguna de La Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí escuché una tarde, cuando del sol quedaba apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por las ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada, un rumor de besos cerca del tronco y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado, y los árboles temblorosos de la ribera, y mas allá se alzaba entre el verdor de las hojas la fachada del palacio de la Exposición, con sus candores de bronce en actitud de velas.

La dama es hermosa: él, un gentil muchacho que la acariciaba con los dedos y los labios, los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo, con su inmensidad y con su fiesta de nubes; plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules, flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberanía de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban como en un molino de sangre viva, los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes: él moreno, gallardo y vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar las mujeres: ella rubia, -un verso de Goethe!---vestida con trage gris lustroso y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

RUBÉN DARÍO

Místicas

A SOR QUIMERA

Pallida, sed quamvis pallida pulchra tamen.

I

En nombre de tu rostro de lirio enfermo,
en nombre de tu seno, frágil abrigo
donde en noches pobladas de espanto duermo,
¡yo te bendigo!

En nombre de tus ojos de adormideras,
doliente y solitario fanal que sigo;
en nombre de lo inmenso de tus ojeras,
¡yo te bendigo!

II

Yo te dedico
el ímpetu orgulloso con que en las cimas
de todos los calvarios, me crucifico,
iluso! pretendiendo que te redimas!

Yo te consagro
un cuerpo que martirio solo atesora
y un alma siempre obscura, que por milagro,
del cáliz de ese cuerpo no se evapora...

III

Mujer, tu sangre yela mi sangre cálida;
mujer, tus besos fingen besos de estrella;
mujer, todos me dicen que eres muy pálida,
pero muy bella...

Te hizo el Dios tremendo mi desposada;
ven, te aguardo en un lecho nupcial de espinas;
no puedes alejarte de mi jornada,
porque une nuestras vidas, ensangrentada
cadena de cilicios y disciplinas.

ANATHEMA SIT

I

Si negare alguno que Santa María,
del Dios Paraceto, paloma que albea,
conció sin mengua de su doncellía,
¡anatema sea!

Anatema los que burlan el prodigio sin segundo
de la flor intacta y úber que da fruto siendo yema,
que los vientres que conozcan, como légamo infecundo,
no les brinden sino espurias floraciones. ¡Anatema!

II

Si alguno dijere que Cristo divino
por nos pecadores no murió en Judéa
ni su cuerpo es hostia ni su sangre vino,
¡anatema sea!

Anatema los que ríen de oblacones celestiales
en que un Dios, loco de amores, es la víctima suprema;
que no formen para ellos ni su harina los trigales
ni sus néctares sabrosos los viñedos. ¡Anatema!

III

Si alguno afirmare que el alma no existe,
que en los cráneos áridos parece la idea,
que la luz no surge tras la sombra triste,
¡anatema sea!

Anatema los que dicen al mortal que tema y dude,
anatema los que dicen al mortal que dude y tema;
que en la noche de sus duelos ni un cariño los escude
ni los bese la esperanza de los justos. ¡Anatema!

AMADO NERVO.

Muchedumbres ignoradas



En la mañana radiosa, cabe el mar riente y bajo el sol brillante, el cementerio florido extendía ante mi vista sus calles blancas, sus cruces blancas y sus mármoles blancos también con la imponente blancura de los cisnes. El paisaje espléndido parecía la evocación de un cuento de hadas. Los arboles cabeceaban sobre las tumbas como cuchicheando con los muertos, y éstos, abandonados en sus fosas, sin aire, sin luz, sin espacio, tenían muy cerca de sí, y sin embargo qué lejos, todo un mundo, ese mundo lleno de vida que bulle, se agita y se renueva constantemente. Rompía en brotes la semilla fecunda en la estación propicia, piaban los pajarillos en las ramas extendidas que semejabán brazos alargados para brindar un asidero á los náufragos de la vida y zumbaban revolando los insectos multicolores. Y allí, en aquel lugar de descanso, de soledad, de renunciamiento involuntario, olvidando tristezas y dolores, se despertó en mí con mayor fuerza el amor á la vida, á esta vida miserable que tantas miserias y tantas desolaciones acumula.

Y estremecido ante la idea de la muerte, resistiéndome á la ley inexorable, la memoria de los que fueron vino á mí, y pasaron ante mis ojos abiertos al misterio del pasado, en lento desfile, en enorme procesión, todos los pueblos y las razas todas de la tierra. Vi primero al hombre troglodita, habitador de las cavernas, con su hacha de sílex y su figura hirsuta; luego á las razas primitivas del oriente, de que hace mención el más bello libro; después á los egipcios artistas, á los caldeos sabios, á los fenicios industriales y á los medos guerreros. Y también pasaron, en pos de estos; otros muchos pueblos, en lenta caravana: los griegos de civilización avanzada en el mundo antiguo, mostrando sus formas gallardas; los romanos audaces con la pompa de sus águilas vencedoras; los bárbaros de las Galias con sus escudos de pieles y sus cabelleras recias; los germanos de azules ojos; los hunos de faz mongólica; los godos fundadores; los escitas errantes; los siervos de la gleba de los tiempos feudales; los señores de

horca y cuchillo; los reyes guerreros y los reyes corrompidos; los fuertes y los sabios; el indio de la América con su carcaj de flechas y el negro de África con su lanza y su maza; los japones de rasgos caninos y los árabes de hermosas facciones; el hindo fanático y el chino curioso; lo antiguo y lo moderno; lo que causó la Fama y lo que cubre piadoso el olvido; lo que fué y que no será ya más: la Humanidad muerta, en fin.

La Humanidad muerta, sí, con todas sus pasiones, vicios, virtudes y delitos. La historia del pasado á grandes rasgos, la enseñanza de las tumbas que poco aprovecha porque poco se escucha. La exposición del bien y del mal, del mal sobre todo, pues que sus raíces han crecido grandemente en el corazón humano.

Y qué nos resta de todo lo pasado? Nada más que una lección enorme sobre lo efímero é inútil de la vanidad humana. Esas multitudes que pasaron ya, un día sintieron la alegría y también la tristeza de vivir vida humana. Bajo el sol y en los mismos lugares que hoy habitamos los que hemos de ir á reunirnos con ellos, amaron y odiaron, ó mejos dicho amaron solamente si es cierto que el odio no es mas que una forma del amor. Ora encaminados por la senda del Bien, aunque pocas veces, regaron en la tierra árida semilla preciosa que no ha germinado. En brazos del Mal sus pasiones fueron feroces. Vinieron las grandes guerras, los incendios, los crímenes todos, de pueblos y de hombres. Hubo desórdenes espantosos y convulsiones extremas; surgieron los bandidos coronados: Nemrod, Ciro, Alejandro, Aníbal, César, Tiberio, Calígula, Atila, Tamerlán, Bayaceto, Carlos V., Federico, Carlos XII, Napoleón. Las hembras criminales como Cleopatra, Lucrecia Borgia, Isabel II, Catalina de Médicis y Catalina de Rusia. Los grandes farsantes, sacerdotes de religiones diversas que se disputan el dominio de la verdad hace cuarenta siglos. Los débiles y apocados de genio como Carlos VII, Enrique III y Carlos IV. Se multiplicaron los filósofos predicando las doctrinas mas contrarias y luego todos ellos, cuando les llegó el turno, después de un efímero vivir, de un minuto ocupado en el tiempo, se hundieron, se convirtieron en nuevos elemen-

tos de vida universal, y fueron olvidados. Y en el seno de la Tierra que presencié impávida sus devaneos se mezclaron, se pudrieron, se identificaron, conquistadores y conquistados, el señor poderoso y el siervo vil, el criminal y el justo, el verdugo y la víctima, y la memoria de ellos se perdió para siempre, de tal modo que apenas si guardamos el recuerdo, en libros olvidados en su mayor parte en los anaques de las librerías, de unos cuantos miles de nombres entre una muchedumbre de millones y millones.

Y la vida fue para todos estos ignorados, como es aún hoy para nosotros, una eterna contradicción, un dilema terrible é inevitable. El fanatismo levantó altares que la impiedad destruyó; se burló el Crimen de la Justicia; los buenos regaron semilla generosa que fueron pisoteando los malos; y en su eterno vaivén las gentes amaron hoy para mañana odiar; tuvieron fé en todo y sin embargo de todo se burlaron; establecieron el reinado de los Siete Pecados. Capitales, y no cansados de la Eterna Comedia volvieron á comenzar no bien hubieron acabado, y así eternamente, de padres á hijos, por siglos de siglos.

La naturaleza en tanto impasible ante estos derrumbamientos, nos sonrío siempre y por doquier, y eterna en su juventud nos brinda hoy con sus galas como brindó en el pasado á todas esas muchedumbres desaparecidas. Y en este mismo cementerio, en donde, como en un rincón de olvido, yacen ignorados muchos que ayer hacían la misma vida nuestra, mientras que ellos no reciben en sus nichos un rayo de luz, ni alcanza el sol á calentar sus huesos, ni á impresionarlos el canto de un pájaro, muestra ella orgullosa, en la mañana de Abril, todo el esplendor con que se viste en la estación del año bella y germinante, la que nos hace amar la vida con mas fuerza, y por un momento, por uno sólo, nos hace olvidar todas las tristezas de la vida.

Rafael Pombo

La coronación de Pombo



SE ha vuelto á hablar en Colombia de lo que fué un día tópico que la gratitud nacional brindó á los amantes de las letras: la coronación del eminente poeta Rafael Pombo.

¿Pero por qué no se lleva á cabo la idea noble?—les pregunto desde acá á los colombianos.—Yo soy istmeño, más istmeño que muchos que pasean la prosopopeya de abnegaciones y patriotismos; pero una hoja de laurel no dejaría de colocarla en la frente de Pombo, aunque me vuelvan á excomulgar los que en mis afectos íntimos no han visto sino reflejos quizás de inconsecuencias indecibles.

Nada me importa con lo vulgar y artero; pero sí me preocupa la gloria de los que escalaron la vida de lo intelectual y del espíritu.

Shakespeare y Dante, y Cervantes y Milton y Tomás de Kempis nada tienen que ver conmigo; y, sin embargo, mi espíritu, á través del infinito de la muerte, se alimenta en el de ellos y con el de ellos vive en comunión más íntima que con el de los indiferentes que pasan todos los días por mi casa y se quitan ante mí el sombrero con muestras de aparente respeto.

Yo deseo, como el que más, la coronación de Pombo, porque ese hombre, que en cuerpo

endeble lleva el alma de los grandes, le ha dado á su patria momentos de gloria; y cuando la patria sabe agradecer, hace lo que va á hacer, lo que debe hacer: coronar al hijo que le dió su cerebro y su nervio.

Colombia es un país extraordinario por su intelectualidad. Esto es lugar común, pero que merece repetirse. Algunos se ríen de eso, porque no comprenden lo que el alma vale sobre el cuerpo; pero no resuelven nada, aunque sigan riéndose con la risa de Sancho, con apreciaciones muy dignas de lo muy trasparente.

Que se corone á Pombo, que bien lo merece. Ese es poeta, y poeta de veras. Superior á Zorrilla en fuerza é intensidad artísticas, resumió el alma de la patria en poesías que sumaron en todas formas el alma de la Lira. Esa es su gloria. Por eso Colombia debe colocarle una corona en sus sienes; pero una corona que tenga algo de aquel ramo de naranjo en flor que llevó José Eusebio Caro al destierro; de la poesía superior de José Joaquín Ortiz, y de la clásica y perfecta de Miguel A. Caro, y de la delicada y sencilla de Gutiérrez González, y de la meditada y profunda de González Camarugo

Y después de todo eso, la corona debe ser colocada en la cabeza del poeta por la mujer bogotana, digna de su nombre nativo, que ha venido á ser, no sin justicia, sinónimo de refinada cultura y de bondad suprema

SALOMÓN PONCE AGUILERA.

Panamá, 4 de Agosto de 1905.

Balada de Mignon

(de GOETHE)

¿Conoces tú la tierra que el azahar perfuma.
Do en verde-oscuro brillan naranjas de oro y miel.
Donde no empaña el cielo caliginosa bruma
Y entrelazados crecen el mirto y el laurel?
¿No la conoces? dime Es allí, es allí
Donde anhelo ir contigo
A vivir junto á tí.

¿Conoces tú el palacio que un rey pomposo habita.
Con pórtico y salones que alumbran tanta luz.
Y príncipes de mármol, que al verme—"Pobrecita!
Díranme—¿qué te has hecho? ¿de dónde vienes tú?"
¿No lo conoces? dime Es allí, es allí
Do quiero estar contigo
Y vivir junto á tí.

¿Conoces tú aquel monte que une al abismo un puente.
Que escalan las acémilas en lenta procesión.
Donde retumba el trueno é hidrópico el torrente
Se precipita altísimo con retumbante son?
¿Conoceslo, oh Maestro? Por ahí, por ahí
Anhelo irme contigo
A vivir junto á tí!

RAFAEL POMBO.



Don Ramón Valdés López



Su muerte es dolorosa para mí, porque fue uno de mis buenos amigos sin reservas que me estimuló siempre. Los amigos! Si uno no vive entre ellos sino recogiendo contrariedades é inconsecuencias! Acaso por esta cruel enseñanza de la misexperiencia no cuento sino muy pocos, aun de los mos que vinieron á la vida cuando yo vine y que vivieron conmigo en comunión diaria.

Don RAMÓN VALDÉS L. es de los pocos á quienes no cabe la sentencia. Cuando desvalido, se interesó por mí; cuando ocupé posiciones de relativa importancia, fue el mismo amigo. No puedo decir nada mejor en su obsequio como testimonio de mi gratitud genuina.

Fue combatido y combatió en el mar azaroso de la política. Pero los rencores que dejara, ya terminaron, porque la muerte sabe acallarlos para siempre. Su vida pública será juzgada más tarde; por ahora toda pasión debe estrellarse ante la puerta de su tumba, y la misma Justicia se impone silencio, porque sabe que ella es eterna, y los hombres no somos sino aristas que venimos á contar un minuto en la vida.

Fue padre de familia generoso y noble; y para con los que sufren y lloran fue su mano fuente que tuvo el recurso oportuno de cristianas con solaciones.

SALOMON PONCE AGUILERA.

Agosto 12 de 1905.

A LA BELLEZA

PLEGARIA EN ACRÓPOLIS



Oh nobleza! ¡Oh belleza sencilla y verdadera! Diosa cuyo culto significa razón y cordura; oh tú, cuyo templo es una lección eterna de conciencia y de sinceridad, llego tarde al umbral de tus misterios; traigo á tu altar muchos remordimientos. Para encontrarte he necesitado pesquisas infinitas de iniciación, que con una sonrisa conferías al ateniense, apenas nacía; yo la he conquistado á fuerza de reflexiones, á costa de largos esfuerzos.

He nacido, diosa de ojos azules, de padres bárbaros, entre los cimerianos buenos y virtuosos que habitan al borde de una mar sombría, erizada de rocas, batida siempre por las tempestades. Se conoce allí apenas el sol; las flores con los musgos marinos, las algas y las conchas coloridas,

que se encuentran en el fondo de las bahías solitarias. Las nubes parecen sin color, y la misma alegría es un poco triste; pero fuentes de agua fría salen allí, de la roca, y los ojos de la: jóvenes son como esas verdes fuentes en las que, sobre fondos de hierbas onduladas, se mira el cielo.

Mis antecesores, hasta tan lejos como podemos remontar en nuestros recuerdos, estaban consagrados á las navegaciones lejanas, en mares que tus argonautas no conocieron. Yo oí, cuando era joven, las canciones de los viajes polares: fui arrullado con el recuerdo de los hielos flotantes, de los mares brumosos, semejantes á leche, de las islas pobladas de pájaros que cantan á sus horas, y que, emprendiendo el vuelo todos juntos, obscurecen el cielo.

Sacerdotes de un culto extranjero, venido de los sirios de Palestina, se tomaron la pena de educarme. Eran cuerdos y sanos. Me en-

señaron las largas historias de Kronos, que ha creado el mundo, y de su hijo que, según se dice, ha efectuado un viaje por la tierra. Sus templos son tres veces tan altos como el tuyo, oh Euritimia, y semejantes á selvas; nada más que no son sólidos; se derrumban al cabo de quinientos ó seiscientos años; son fantasías de bárbaros que se imaginan que se puede hacer algo bueno fuera de las reglas que tú has trazado á tus inspirados, oh Razón. Pero esos templos me agradaban: yo no había estudiado tu arte divino, y encontraba en ellos á Dios. Se cantaban allí cánticos de los que me acuerdo aún:—«Salve, Estrella del Mar... Reina de los que gimen en este Valle de lágrimas;» ó bien:—«Rosa Mística, Torre de Marfil, Casa de Oro, Estrella de la Mañana.» Mira, diosa, cuando recuerdo estos cantos, mi corazón se funde: me vuelvo casi apóstata. Perdóname esta ridiculez; no puedes figurarte el encanto que los magos bárbaros han puesto en esos versos, y cuánto me ha costado seguir á la razón por completo desnuda.

Y luego, si supieras cómo se ha vuelto difícil servirme. Toda nobleza ha desaparecido. Los seytas han conquistado el mundo. No hay ya república de hombres libres, no hay ya más que reyes nacidos de una sangre densa, majestades de las que tu sonreirías. Pesados hiperbóreos llaman ligeros á quienes te sirven... Una *pambeocia* temible, una liga de todas las tonterías, extiende sobre el mundo una tapa de plomo bajo la cual uno se ahoga. Aun los que te honran, ¡cómo deben causarte lástima! ¡Te acuerdas de aquel caledonio que, hace cincuenta años, quebró tu templo á martillazos para llevarse á Thulé? Así lo hacen todos... Yo he escrito, según algunas de las reglas que tú amas, ó Teonóe, la vida del joven dios á quien serví en mi infancia: ellos me tratan como á un Evemero; me escriben para preguntarme qué fin me he propuesto; no estiman más que lo que sirve para hacer fructificar sus mesas de *trapezitas*. ¡Más para qué se escribe la vida de los dioses, ¡oh cielos! si no es para hacer amar lo divino que existió en ellos, y para mostrar que

vive aún y vivirá eternamente en el corazón de la humanidad?

¿Te acuerdas de aquel día en que, bajo el arcotado de Dionisodoro, vino aquí un feo judío, hablando el griego de los sirios, recorriendo tus atrios, sin comprenderte, leyendo tus inscripciones por completo al revés, y creyendo encontrar en tu recinto un altar dedicado á un dios que será el *Dios desconocido*? Y bien, ese judío ha vencido; durante mil años se te ha tratado de ídolo, oh Verdad; el mundo ha sido un desierto en el que no germinaba ninguna flor. Durante ese tiempo te callabas, oh Salpiux, clarín del pensamiento. Diosa del orden, imagen de la estabilidad celeste, se era culpable por amarte, y, ahora que á fuerza de concienzudo trabajo hemos logrado acercarnos á tí, se nos acusa de haber cometido un crimen contra el espíritu humano, rompiendo cadenas sin las que se paseaba Platón.

Tú sola eres joven, oh Cora; tú sola eres pura, oh Virgen; tú solo eres sana, oh Aigia; tú sola eres fuerte, oh Victoria. Las ciudades tú las guardas, oh Pómacos; tú tienes lo que necesitas de Marte, oh Area; la paz es tu fin, oh Pacífica, Legisladora fuente de las constituciones justas; Democracia, tú cuyo dogma fundamental es que del pueblo se origina todo bien, y que en todos los lugares en que no hay pueblo para nutrir é inspirar el genio, no hay nada: enseñanos á extraer el diamante de las multitudes impuras, Providencia de Júpiter, obra divina, madre de toda industria, protectora del trabajo, oh Ergané, tú que haces la nobleza del trabajador civilizado, y que lo pones tan por encima del seyta perezoso; oh Prudente, á quien Jesús dió nacimiento después de haberse replegado sobre sí mismo, después de haber respirado profundamente; tú que habitas en tu padre, enteramente unido á un sér íntimo; tú que eres su compañera y su conciencia; Energía de Jesús, chispa que enciendes y mantienes el fuego en los héroes y en los hombres de genio, haz de nosotros espiritualistas cumplidos. El día en que los atenienses y los rodios compitieron luchando por medio de sus sacrificios, tú preferiste habitar entre los atenienses, como más cuerdos. Tu padre, sin embargo, hizo descender á Platón en una nube de oro á la ciudad de los rodios, porque ellos también había rendido homenaje á su hija. Los rodios fueron ricos; pero los atenienses fueron dueños del ingenio, es decir, del verdadero júbilo, de la eterna alegría, de la divina infancia del corazón.

No se salvará el mundo sino volviendo y tí, repudiando sus ligas bárbaras. Corramos, vengamos en multitud. ¡Qué hermoso día aquél en que todas las ciudades que se han llevado restos de tu templo, Venecia, París, Londres, Copenhague, reparen sus latrocinios, formen teorías sagradas para traer los despojos que poseen diciendo: «Perdónanos, Diosa! fue para salvarlos de los malos genios de la noche,» y reconstruyan tus muros al són de la flauta para expiar el crimen del infame Lisandro. Luego irán á Esparta, á maldecir el suelo donde estuvo aquella dueña y señora de errores sombríos y á insultarlo porque Atenas no existe ya.

Firme en tí, resistiré á mis fatales consuejos; á mi escepticismo, que me hace dudar del pueblo; á mi inquietud de espíritu, que cuando ha encontrado la verdad, me hace buscarla aún; á mi fantasía, que, después que la razón ha fallado, me impide mantenerme en reposo. Oh Arquegeta, ideal que el hombre de genio encarna en sus obras maestras; mejor quiero ser el último de tu casa que el primero de cualquiera otra parte. Sí, me adheriré al estilóbato de tu templo, olvidaré toda disciplina fuera de la tuya; me haré estilista sobre tus columnas; estará mi celda sobre tu arquitrabe. Más difícil empresa! Por tí, me haré, si puedo, intolerante parcial. No amaré sino á tí. Voy á aprender tu lengua, á olvidar lo demás. Seré injusto para lo que no te concierne; me haré el servidor del último de tus hijos, Exaltaré, lisonjearé á los habitantes actuales de la tierra que das á Erecteo. Intentaré amar has-

ta sus defectos; me persuadiré ¡oh Hippias! de que descendiendo de los jinetes que celebran allá arriba, sobre el mármol de tu friso, su fiesta eterna, Arrancarré de mi corazón toda fibra que no sea razón y arte puro. Cesaré de amar mis enfermedades, de complacerme en mi fiebre. ¡Sostén mi firme propósito, oh Salutarifera: ayúdame, oh tú que salvas!

¡Cuántas dificultades, en efecto, preveo! ¡Cuántos hábitos de espíritu tendré que cambiar! ¡Cuántos recuerdos encantadores deberé arrancar de mi corazón! Lo intentaré; pero no estoy seguro de mí. Tarde te he conocido, belleza perfecta. Tendré retrocesos, debilidades. Una filosofía perversa, sin duda, me ha llevado á creer que el bien y el mal, el placer y el dolor, lo bello y lo feo, la razón y la locura, se transforman unos en otros por matices tan indistinguibles como los del cuello de la paloma. No amar nada, no odiar nada de un modo absoluto, se vuelve entonces una cordura. Si una sociedad, si una filosofía, si una religión hubiera poseído la verdad absoluta, esa sociedad, esa filosofía, esa religión habrían vencido á las otras y vivirían solas; la hora que es. Todos los que hasta aquí han creído tener razón, se han engañado: lo vemos claramente. ¿Podemos, sin loca fatuidad, creer que el porvenir no nos juzgará, como juzgamos el pasado? Hé aquí las blasfemias que me sugiere mi espíritu profundamente averiado. Una literatura que, como la tuya, fuera de todo punto sana, no excitaría ya ahora sino displicencia.

Somríes de mi ingenuidad. Sí: displicencia... Estamos inficionados: ¿cómo remediarlo? Iré más lejos, deidad ortodoxa, te diré la depravación íntima de mi corazón. Razón y buen sentido no bastan. Hay poesía en el Strymon helado y en la embriaguez del trácico. Vendrán siglos en que tus discípulos pasen por discípulos de la displicencia. El mundo es más grande de lo que crees. Si hubieras visto las nieves del polo y los misterios del cielo austral, tu frente, oh diosa, siempre tranquila, no estaría tan serena; tu cabeza, más grande, abrazaría diversos géneros de belleza. Eres verdadera, pura, perfecta; tu mármol no tiene mancha: pero el templo de Hagia Sofía que está en Bizancio, produce también un efecto divino, con sus ladrillos y sus yesos. Es la imagen de la bóveda del cielo. Se derrumbará; pero si tu *celu* debiera ser bastante grande para contener á una multitud, se derrumbaría también.

Un inmenso río de olvido nos arrastra á un remolino sin nombre. ¡Oh abismo, tú eres el Dios único! Las lágrimas de todos los pueblos son verdaderas lágrimas; los sueños de todos los justos encierran una parte de verdad. Todo no es aquí abajo más que símbolo y sueño. Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fueran eternos. La fe que se ha tenido no debe ser nunca una cadena. No se tienen duda hacia ellas, cuando se la ha enrollado cuidadosamente en la mortaja de púrpura en que duermen los dioses muertos.

ERNESTO RENAN.

Veritas

A MI HIJA MARÍA EMILIA.

Como flor entre las flores,
Hija de mi vida, luces;
Que en tu imagen reproduces
La Virgen de mis amores!

De hermosa tienes la palma:
Porque siendo mi tesoro,
Encarnas á la que adoro
Como el alma de mi alma.

Busco amoroso las huellas
De tu ilusión y tu anhelo
Porque así tendré en mi cielo
Dos primorosas estrellas.

Que vagando entre las flores,
De mi existencia dichosa,
Tengo contigo y mi esposa
El amor de los amores.

JERÓNIMO OSSA.

En el Museo del Prado

Quando bajo mis plantas sentí tierra española, un capricho, á manera de mujer ó de ola, me arrastró hacia el Museo, donde largos salones mudamente me hablaron de cien generaciones: en los cuadros pendientes de los épicos muros, ví pasar, como sombras de otros tiempos oscuros, procesiones de obispos y magnates y damas, entre un revoloteo de mantos y orillamas; y guerreros sentados en lustrosos corceles, entre lanzas agudas y redondos broqueles.

Entonces, ante aquellos cuadros de una elocuencia cual de un espejo raro que tuviese conciencia, ante esos mudos lienzos de desdeñosa calma, ¡sentí que cuatro siglos cayeron sobre mi alma! Y América, la india, se despertó en mis venas, pensó en los hombres blancos é irguióse entre cadenas, ¡al llenarse de orgullo por las grandes conquistas de esos grandes guerreros como grandes artistas!

**

Velázquez, Goya... El mismo poeta de los Andes, que al condor de las cumbres pidió sus alas grandes para llegar adonde fatiganse los vientos, ante esos dos artistas se postra sin alientos, al ver que, en cada cuadro donde una Edad se espacia, ¡el uno es todo Fuerza y el otro es todo Gracia!

Velázquez suma aquella dinástica osadía que encadenó á su trono dos mundos en un día, que equilibró los astros, que redondeó el planeta y en cada gran guerrero cristalizó un poeta; y Goya suma esa otra prismática y galante Edad, en cuyo brillo cada ojo es un diamante, cada mantilla tela de araña prodigiosa, cada cintura dengue, cada mejilla rosa....

Velázquez, Goya... En esos dos únicos pinceles hay Fuerza y Gracia: hay todo: corazas y oropeles, Velázquez á mis ojos evoca las escenas de la Conquista: hay algo que corre por mis venas que, ante sus cuadros, finge recordar figuras de cascos relucientes, bruñidas armaduras, tizonas rechinantes y olímpicos caballos que hacen chispear la América al golpe de sus callos.... Goya á mis ojos pone la Edad del Coloniaje, donde el Virrey pasea su galoneado traje, su nítida peluca bajo el tricornio leve, su casaca de rosa, su pantalón de nieve; ó que se emboza, en calles de lobreguez resbala y trepa á unos balcones por retorcida escala....

Velázquez, Goya... En ambos la clásica paleta desdóblase, á mis ojos de indiano y de poeta, como un arco fris hecho con lágrimas y flores, que, cuando nuestra raza vacila en sus dolores, ¡se tiende, en igual forma que tras las tempestades, sobre la catarata de todas las Edades!

**

Así cuando aquel día sentí tierra española, un capricho á manera de mujer ó de ola, me arrastró hacia el Museo, donde largos salones mudamente me hablaron de cien generaciones. ¡Con qué orgullo pujante sublevóseme el estro; y al mirar cada cuadro, le decía:—Soy vuestro!

Pensé que el triunfo insigne de tan genial belleza solo era comparable con mi Naturaleza: sentí que se ilustraba, por dentro de mi barro, sangre de Caluchima con sangre de Pizarro; y quise en el Museo, pensando en mi montaña, ¡ser la mitad de América y la mitad de España!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Madrid, Junio 24 de 1905.

EL CUENTO

PARA AIZPURU AIZPURU.



ESTA mañana por una circunstancia casual pasamos por frente del cementerio, y al dirigir la vista hacia las enfiladas bóvedas, túmulos y cruces que indican la frase elocuente y funeral de *Requiescat in pace*, no pudimos por menos que recordar muchas cosas tristes, muchas cosas amargas que se diluyen en memorias lejanas, como que ya nos hallamos muy lejos de aquellos días de mocedad dichosa que más nunca volverán.

Con insistencia miramos hacia uno de los ángulos del panteón, allí donde en remotas horas dimos respetuosa y callada sepultura al cadáver ensangrentado de nuestro amigo y compañero Emilio Fabre.

¡Ha transcurrido tanto tiempo de aquel suceso! Queréis saberlo? Pues lo referiré en breves párrafos, como que me parece que ayer no más lo presencié asombrado.

Por aquellos años, los más aficionados entre nosotros á embadurnar cuartillas de papel so pretexto de hacer ensayos literarios, acostumbrábamos congregarnos con regular frecuencia con el inocentón y pacífico objeto de leer en la intimidad lo que la masa gris contenida en nuestra pobre mollera hubiera producido en algún momento de ocio quizás desventurado.

No hay para que decir que eran motivo de disputas, altercados y fogosas discusiones las piezas pseudo-literarias que solían someterse al juicio de aquel Ateneo en gestación: pero sea como fuere, no recordamos que sucediera alguna vez, que por tal circunstancia, alguno de nosotros se hubiese enojado ó dado por ofendido por opiniones más ó menos intransigentes ó más ó menos cáusticas. En mayor ó menor cantidad todos poseíamos el saludable y provechoso miedo de la modestia.

En una de aquellas noches, Sebastián, el poeta ácido, como lo calificaba uno de nuestros

colegas, anunció la lectura de un cuento que había escrito en días anteriores. Con ésta producción llegaba á la quinta obra literaria, de su carrera de novel literato, manifestando por la última un tan ardiente entusiasmo, que ya nosotros, sin haber oído su lectura, considerámosla como su obra exquisita y magistral.

—Bueno, señores, imploro de ustedes la debida atención para lo que voy á leer; y espero de ustedes que, con la franqueza que acostumbra, me digan si he acertado ó no, en el argumento, plan y forma de la relación que van á escuchar.

—Muy bien, —dijo Fabián secamente.—puedes principiar, que ya iremos atando yerbas hasta formar el haz.

—Comprendo—repuso Sebastián un tanto picado—cada cual paga los beneficios que recibe con lo que tiene y puede. Serás herviboro cuando me prometes yerba; pero háganme el honor de obsequiarme con un momento de silencio, pues voy á principiar la lectura. El cuento es este:

LO FATAL.

—La atracción simpática de sentimientos al parecer idénticos, aproximó sus corazones para que se conmoviesen y agitasen en una sola explosión de amor.

—Lastenia y Sergio se amaron casi desde niños: fué como á manera de una precocidad erótica, que presidía inflexible una suerte manifiesta.

—Sergio, particularmente dominado por la nerviosidad de su temperamento, demostraba una vehemencia y entusiasmo en su cariño, que en ocasiones él mismo sorprendido se interrogaba taciturno:—Y yo por qué la amaré tanto?

—Así las cosas, transcurrieron varios años que con su parsimoniosa lentitud vigorizaban día por día aquel afecto incontenible.

—Pero desgraciadamente aquellas relaciones no eran del agrado y beneplácito de los padres de Lastenia. Para ellos se erguía el obstáculo formidable de la diferencia social que existía entre Sergio y la niña aristocrática. Consideraban que era una desigualdad inacep-

table por cuanto relajaba y hasta corrompía la tradicional sucesión de raza y posición social en que se encontraban. En consecuencia, dieron principio á tomar medidas precautelativas, encaminadas directamente á destruir los sentimientos que habían sorprendido en los jóvenes amantes.

—Y para obtener este fin, resolvieron lo que en tales casos suelen practicar las familias acaudaladas y orgullosas; esto es, emprender un viaje al extranjero, con el objeto de que las suaves reprimendas y la ausencia, se encargasen de oscurecer el amor con el denso y obscuro polvo del olvido.

—No anduvieron tan equivocados los progenitores de Lastenia, en la idea que se propusieron realizar, puesto que los resultados que ambicionaban, no solo superaron sus deseos, sino que con inesperadas creces, fueron aumentados con las venturosas probabilidades de un enlace por toda suerte ventajoso para la familia. Y en efecto, así se verificó después de corto tiempo.

—Cosa extraña!—interrumpió bruscamente Emilio Fabre—algo idéntico me sucedió también. Prosigue, Sebastián.

—De regreso del exterior la familia de Lastenia y ya instalada en su vieja casa solariega, la personalidad moral del pobre Sergio sufrió un cambio radical en su raíz.

—Cosa extraña! lo mismo que yo—volvió á interrumpir Emilio Fabre, cuyos ojitos negros relampagueaban con el magnetismo de una víbora. Prosigue, Sebastián, prosigue.

—En aquellos primeros días de angustia sorda y decepción profunda, Sergio adusto y concentrado en sí mismo, elaboraba en las tinieblas de su alma un proyecto tremebundo, si no una venganza propiamente dicha, sí como un desquite á los ultrajes del destino que le sumía en el más hondo desconsuelo.

—Perdonaba á Lastenia su veleidad ó perfidia, concediéndole razón justificada al orgullo de sus padres; hacíase cargo del infranqueable y poderoso obstáculo que el sarcasmo de la suerte había interpuesto en su camino, y penetrado de toda la evidencia de la fatalidad que le contrastaba con dureza, pensaba, pensaba con insistencia inflexible en el modo ó la manera de solucionar aquel conflicto, aquel íntimo desastre que le desgarraba el alma y las entrañas.

—En tanto paseábase á lo largo de su cuarto, y se agitaba y revolvió como una fiera acorralada.

—Cielo santo! lo mismo que yo—volvió de nuevo á interrumpir Emilio Fabre, quien esta vez púsose de pie, mirando de un modo extraño y sombrío á Sebastián, que continuó de esta manera;

—De pronto Sergio detúvose en mitad de la estancia, clavó sus ardientes pupilas en un cuadro que representaba el paisaje de un campo tranquilo lleno de luz, verdor y armonía y como si hubiérase encontrado en su propio corazón un algo sedativo para el ardor de sus pesares, suspiró suavemente exclamando con voz trémula y pausada:

—Ah! Lastenia, Lastenia del alma mía!

—Y prosigió diciendo:—Cuando la tiranía de lo fatal marca inexorable el derrotero de una vida, la derrota inevitable se impone y se entroniza dentro el alma, porque hasta la última esperanza ya es un lívido cadáver. Yo no elegí mi suerte, ni tampoco el esposo de Lastenia, zen donde, pues, podrá hallarse la culpa ó el delito? Y sin embargo, siento y juzgo que uno de los dos está demás en este mundo. Uno de los dos está demás; ¡sí! ¡sí! ¡está demás!

—Y bruscamente introduciendo la mano derecha en el bolsillo del pantalón, sacó una blanca moneda, que miró atentamente, murmurando de una manera sorda, como para que le escuchase su propio corazón:—Este pedazo de metal va escribir el epílogo de la historia de mi alma; y tiene que ser así, porque la vida como hasta el presente es inaceptable é insostenible. El ó yo; así lo exige el Destino; muerto sin ella, ó vivo sin nadie: esta es mi ley. Decidamos! sello para él y cara para mí, esto es: Sello ordenará su muerte y cara ordenará la mía.

—Y así diciendo aventó hacia el techo la moneda con ojos brillantes y febriles que la siguieron en su curso, hasta caer al suelo con timbre agudo y armonioso.

—Sergio se aproximó con lentitud al sitio donde estaba la moneda; se inclinó y la vió; la vió una, dos, tres veces. Fatalidad!... estaba pronunciada su sentencia. . . . le había salido cara!

—Está bien!—apenas dijo Sergio, con acento altivo y desdenoso.

—Y sus amigos le vieron dormido para siempre al otro día, dormido para siempre, para siempre, y con el rostro ensangrentado y el cráneo hecho pedazos.

—Has terminado Sebastián?—preguntó Emilio Fabre, cuyo rostro descompuesto y pálido, nos causó viva extrañeza.

—Sí, ya he terminado; ¿se te ofrece alguna objeción ó advertencia?

—Sí, una objeción ó advertencia, pero muy grande, muy grande. Tu cuento en su principio es verídico, real y positivo; por rara coincidencia, tu ficción literaria tiene exacta y cabal correspondencia con un secreto episodio de la historia de mi alma; has referido la mitad de la verdad y yo voy á completarla, quiero decir, yo voy á transformar la trágica creación de tu ardiente fantasía en una obra de verdad, de tristeza y de pasión.

Y con presteza Emilio Fabre dirigió la diestra á la faltriquera de su pantalón y sacando

una brillante moneda exclamó ante nosotros con voz terrible:

—Ira de Dios! él ó yo; así lo exige el Destino, Decidamos! sello ordenará su muerte y cara ordenará la mía!

Y acto seguido arrojó al aire la moneda, la cual al caer con ruido seco y firme rodó pausadamente un corto trecho hasta detenerse la pié de un gran sillón.

Emilio se acercó resuelto al lugar en donde estaba la moneda; se inclinó y miró con atención profunda; irgióse nuevamente y mirándonos á todos con expresión demente y fiera, dijo con acento de aspereza:

—Me ha salido cara. Está bien; ya hemos concluido!

Y al otro día y á la misma hora, nosotros vimos á Emilio Fabre dormido para siempre, como el desventurado Sergio de Sebastián, dormido para siempre y con el rostro ensangrentado y el cráneo hecho pedazos.

Simón Rivas

ALMA ENFERMA



NO es un cuento fruto de la imaginación, de esos que uno escribe al correr de la pluma y que va desarrollando á medida que traza un nuevo renglón, nó. Es una historia triste, dolorosamente triste, sufrida por una alma viuda, por una de esas almas enfermas que, como aves ciegas, vuelan por mucho tiempo á través del infinito sin encontrar la dulce compañera de sus sueños y que una vez que la encuentra la vuelve á perder en una noche de tempestad; una historia cruel sentida por el alma incomprensible y enigmática de mi amigo Saulo, el eterno melancólico, el impertérrito taciturno.

Su carta es muy amarga y la narra brevemente.

Todos los martes, dice, á la hora en que salía aquel vapor la encontraba recostada á la baranda del muelle viendo con ojos entristecidos el horizonte donde se hundía el vapor lentamente,

dejando en el cielo rojo su larga y sombría cabellera de humo negro.

Aquella mujer me fué interesante. Qué buscaba allí? Bajaba á entregar á los conocidos cartas para sus padres ó quizá para algún amante que la suerte alejó de su lado? Era acaso un deseo vehemente de admirar de nuevo las costas de su patria lejana? Yo no lo sabía entonces, pero adivinaba á través de todo aquello una historia de dolor que me hizo pensar en ella muchas veces.

Un día le hablé. Qué le dije? Yo lo ignoro pero debí ser una tontería porque tampoco recuerdo su respuesta. Después la vi en la calle y sus ojos brillaron de alegría y me saludó sonriendo; me detuve para verla pasar y su rostro se volvió varias veces y nuestras miradas se encontraron otras tantas. Después nada: ella se perdió entre los transeúntes que pasaban por la acera y yo seguí distraído llevando el convencimiento de que aquella mujer me amaba.

Tráia á la memoria el rostro de mi amiga y veía que con sus grandes ojos negros de sedosas pestañas, con su tez morena y sonrosada y sus labios finos y rojos era digna de ser amada por cualquiera. Y quién podría decirme que esa mujer no era ella, la soñada, la esperada por tantos años? . . . Creo que con el primer soplo de esperanza comencé á querer á Gilma.

Después la ví varias veces y sus ojos me miraron siempre tiernos y acariciadores, pero creí advertir á través de la pupila como un alborear de desconfianza, como si temiera no haber despertado en mi corazón un sentimiento análogo al suyo. Yo la amaba sin embargo, pero me dejaba querer temeroso de romper aquella nueva ilusión como había roto tantas otras.

El día temido llegó al fin: fue un martes de Carnaval. Yo iba cabizbajo pensando, tal vez con envidia, en la alegría de los demás cuando oí que me nombraban, alcé el rostro y me encontré con mi amiga. Cómo sabía mi nombre? Después me lo contó todo: ella había averiguado cómo me llamaba; sabía que yo era un triste incurable que caminaba en pos de una quimera y quería consolarme algún tiempo si no tenía poder suficiente para curarme del todo. Aquella noche gocé mucho, tanto como nunca me lo imaginé en mis sueños de dicha. Gilma también estaba radiante de felicidad de tal modo que su alegría me molestaba. Pobre! Ella, lo mismo que yo, tenía un espíritu enfermo y ansioso de encontrar otra alma hermana.

Qué más te puedo decir? He sido tan feliz que la felicidad me ha ahogado. Gilma se amoldaba á todas mis exigencias y caprichos con una sonrisa encantadora. Aquella docilidad llegó á molestarme; hubiera deseado alguna resistencia que hubiera hecho entrar en calor á mi corazón que se moría de frío y de inacción.

Un día le pedí que no me quisiera tanto y abrió los ojos llena de extrañeza, como si no comprendiera lo que le decía, y al fin rompió á llorar amargamente abrazándose á mí con desesperación.

Entonces comencé á pensar que la separación se imponía si quería salvarme. Las primeras ráfagas de hastio comenzaban á soplar en mi alma, y comprendí que había que sacrificar el presente si quería asegurar el porvenir. Si ya era imposible para mí vivir del amor, era preciso que guardara algo entre los pliegues de mi corazón para alimentarme del recuerdo.

Le comuniqué á Gilma mi resolución y los

motivos que me inducían á llevarla á cabo. Al principio lloró mucho: no me comprendía, no me quería comprender. Después se doblegó á mi voluntad como siempre.

Todo estaba listo para mi viaje. Gilma sollozaba mientras metía en mi maleta todas aquellas cosas de que sólo una mujer se acuerda en esos momentos, mas de pronto suspendió su tarea y rompió á llorar con desesperación. Yo la traje hacia mí, le di un beso, y tomándola de la mano la conduje á una silla cerca de la mía.

Escucha, Gilma, le dije: Yo era un enfermo, más todavía, era un muerto. En la plenitud de la vida, cuando todos los hombres aspiran al triunfo y á la gloria, ya la esperanza había doblado sus alas blancas dentro de mi pecho y había lanzado su último suspiro al ver las injusticias del mundo y convencida de que era inútil luchar contra esa fuerza superior que dirige el destino de los hombres. Entonces comencé á pensar en una mujer salvadora, distinta á todas las que había conocido, animales bonitos que alzaban su voz de pasión en ese grito inmenso de la naturaleza. En mis sueños de enamorado yo formé, no su cuerpo que para los hombres como yo es cosa secundaria, sino los pétalos de la flor que yo le deseaba por alma. Cuando ví que aquella mujer no aparecía y que su última esperanza comenzaba á marchitarse dentro de mi corazón pensé en el suicidio. Pero para qué? me dije. Era un trabajo inútil y después de todo lo mismo daba.

Fue entonces cuando te ví por primera vez. Al pronto no hice caso de tí. Será una de tantas, pensé; pero después, cuando á través del cristal de tu pupila principié á adivinar tu alma, principié también á pensar que tú podrías ser ella, la mujer soñada, la mujer impalpable que llevaba en mi imaginación.

Lo demás tú lo sabes tan bien como yo. La mujer de carne y hueso ha superado largamente á la mujer de humo; he sido tan feliz que la dicha me ha rebosado por los poros y la felicidad es también un veneno que mata con una agonía más lenta y más amarga que el mismo dolor: ese veneno se llama el hastío. Ya sus primeros soplos comienzan á helar mi corazón y nuestra separación mañana quizá sería demasiado tarde.

Resígnate, pues, pensando en lo mucho que nos hemos amado y en que hemos alcanzado la dicha de encontrar sobre la tierra la personificación del ideal que nos habíamos forjado. Piensa que ya en nuestras horas de dolor tendremos un recuerdo dulce y puro que nos refrescará el alma trayéndonos perfumes de atrás, olores del pasado.

El vapor pitaba tristemente llamando á los pasajeros y yo me levanté y tomé la maleta. Ella se abrazó á mí llorando y yo la aparté suavemente y bajé la escalera con precipitación: sentía que me arrancaban el alma. Ya en la calle oí de nuevo sus gritos y tuve deseos de volverme y enjugarle las lágrimas con mis besos, pero pensé en el porvenir y me sentí fuerte. Llegué á la playa y tomé un pequeño bote para que me condujera á bordo. Cuando pisé la cubierta del vapor vi á Gilma en la playa que caminaba de un lado á otro con los cabellos en desorden como una loca. Levaron ancla. El vapor comenzó á andar y la costa donde dejaba mi corazón y mis dichas todas fué azuleando, fué azuleando detrás de las ondas que rompía la proa del buque, hasta que se borró por fin entre las sombras de la noche que caía. El sacrificio estaba consumado!...

Me he salvado, querido amigo, porque mi vida antes vacía tiene hoy un objeto: llorar la muerte de la mujer ideal; me he salvado porque antes me moría de hastío y hoy me muero de dolor.

Si mañana, cuando ya tenga la cabeza blanca y el corazón helado, el Destino me pone frente á ella, habrá completado la obra que yo comencé, porque nuestras manos frías y rugosas se buscarán para recordar con trémulos apretones la dulce historia de nuestra juventud, el amor único, el Sol sin ocaso, el ídolo que no rodó por el polvo.

RICARDO MIRO.

Melchor Lasso de la Vega



EL HERALDO DEL ISTMO se complace en exhibir el retrato de Don Melchor Lasso de la Vega. Educado en la antigua Escuela Normal de Institutores, abrazó con fe de Apostol la carrera de la enseñanza; y á los estudios que se relacionan con ella, ha consagrado todas las energías de su espíritu.

Diputado á las Asambleas, Visitador Fiscal, Catedrático en materias difíciles en varios colegios, son puestos que ha desempeñado con inteligencia y á contentamiento de la generalidad.

Actualmente ocupa posición distinguida en el Ramo de Instrucción Pública y por sus conocimientos en la Pedagogía moderna, por esa consagración que no se debilita, sino que más bien crece con su edad, está contribuyendo en forma eficaz y con lujo de patriotismo, en el cambio de rumbo, queremos y debemos decir, en sentido técnico, de la enseñanza primaria de la República.

En resumen, nuestro amigo Lasso es un ejemplo viviente de lo que pueden la perseverancia, la buena conducta y el estudio.—L.L.

Documento notable

Don José E. Lefevre, Secretario privado del Exmo. Sr. Presidente de la República, nos ha cedido cortesmente para su publicación copia de un documento importante existente en el Archivo de Indias de Sevilla, referente á los limites señalados á la ciudad de Panamá la Vieja por el Muy Serenísimo Señor don Carlos V de España y I de Alemania.

El documento en referencia es el siguiente:

Confirmación a la cibdad de panama de los terminos que el gobernador le señalo quedando tres leguas en el comedio para el pueblo que se ha de hacer.

Don carlos por la gracia de dios & a vos el nuestro lugarteniente general e governador de castilla del oro e vuestros lugartenientes e las otras nuestras justicias e jueces de todas las cibdades villas e lugares della asi a los que agora son como a los que seran de aquí adelante e a todos e a cada uno de vos salud e gracia. sepades que por parte de los vecinos pobladores de la nueva cibdad de panama que esta fundada en la costa de la mar del sur de la dicha castilla del oro me es fecha rrelación que al tiempo que poblaron y asentaron en ella pidieron a vos el dicho nuestro lugarteniente general y governador que señalasedes y partiesedes los terminos que la dicha cibdad avia de aver y que vos en nuestro nombre los señalastes e partistes en esta manera que fuesen terminos de la dicha cibdad comengando por la parte del leste ques al levante toda la tierra desde el rrio grande que se dice chepo hasta la dicha cibdad de panama el qual señalastes y amojonastes por señal y cabeza de termino por aquella parte que se entiende el mismo rrio con sus rriberas de una parte y de otra por manera que entra en los dichos terminos por la dicha vanda del leste las provincias de thepavera y pacora y chepo hasta donde se parten tierra y terminos de la dicha provincia de chepo con tubana e que hasta allí corran e lleguen los dichos terminos de la dicha cibdad e que por aquella vanda sera el mojon fin y cabeza y señal dellos a la mitad del camino que ay desde la provincia de acharachirubi e asiento viejo del dicho cacique de chepo que sea mojon y cabeza de los dichos terminos de la dicha cibdad por la dicha

parte de levante el dicho rrio grande que se dice chepo desde la dicha mitad del camino entre las dichas dos provincias de tubanama e chepo hasta donde entra la mar del sur e no mas ni allende incluyendose el dicho rrio con sus rriberas quedando por terminos de la dicha cibdad y por la vanda del norte como corre la tierra de la dicha provincia de chepo toda la tierra y provincias que son en las aguas vertientes a la dicha mar del sur hasta la provincia del cacique que se dice acarachirubi y por que en el nombre de dios que es en la otra costa del norte esta norte sur con la dicha cibdad y provincia de panama el qual asi por estar en el paraxe y asiento que esta como por que se espera que se hara e poblara allí una villa aclarastes que toda la tierra que esta entre la una provincia e la otra que son las provincias de juanaga e pequeani chagre se partan por medio por manera que la dicha cibdad oviese por aquella vanda por sus terminos y exidos la mitad de la dicha tierra y la villa que se hiciere en el nombre de dios la otra mitad quedando a la dicha cibdad la provincia de tagre que los cristianos llaman el cacique viejo y todo lo demas que cupiese en la dicha su mitad de la provincia de juanaga e de todas las otras tierras y provincias que estuvieren en la dicha tierra que estan entre esta dicha provincia e la otra del nombre de dios no embargante que todas o partes dellas estuviesen aguas vertientes a la mar del norte en todo lo qual entran las provincias de careta que llaman los cristianos el cacique de la rropa e la provincia de cotonaga e la dicha provincia de acharachirubi con todas las tierras e terminos a ellas pertenecientes y por la vanda del hueste ques hacia el poniente todas las tierras e terminos y exidos rrios e pastos e rriberas que ay desde la dicha cibdad hasta la provincia de chiru en lo qual entran las provincias de perequito e tabore y chame por que hasta allí llega la lengua de cueba y por la vanda del sur las ysas de taboga que agora se dizen la ysla de santo tome y las otras pequeñas las ysas de la trenidad por manera que todo lo que se incluye asi por mar como por tierra dentro de los dichos terminos e provincias suso declaradas distes y señalastes en nuestro nombre por terminos y exidos y pastos a la dicha nueva cibdad de panama e por su parte nos fue suplicado e pedido por merced les mandasemos confirmar e aprovar el dicho señalamiento de terminos o como la nuestra merced fuese e no por las dichas causas visto en el nuestro con-

sejo de las indias fue acordado que deviamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha rrazon por la qual confirmamos e aprovamos a la dicha cibdad e vecinos della el rrepartimiento de terminos que vos el dicho nuestro lugarteniente general y governador en nuestro nombre les distes e concedistes e si nescesario es hacemos nueva merced gracia e donacion dello a la dicha cibdad por agora y para siempre jamas de los dichos terminos que de suso se contienen pero por quanto plaziendo a nuestro señor entendemos mandar poblar en el comedio del camino de la dicha cibdad y la cibdad del darien y las villas de acra y el nombrado de dios un pueblo para seguridad del dicho camino y para la contratacion que se espera que ha de de aver y la dicha poblacion a de ser muy nescesaria entienda que en el comedio dellos ha de quedar un termino rredondo de tres leguas en ancho y para en que se hedifique el dicho pueblo o lo que nos fuereis servidos mandar hacer de las quales dichas tres leguas la mitad quepa dentro de los dichos limites e terminos que de suso van declarados a la dicha cibdad e la otra mitad en los otros

terminos que con ellos se juntan lo qual sera en la parte e lugar que pareciere a vos el dicho nuestro lugarteniente general e governador e que las dichas tres leguas no entren ni sean terminos de las dichas cibdades ni villas sino del pueblo que nos mandaremos proveer no embargante que entren dentro de los terminos e limites que como dicho es estan o estuvieren dados y que esta dicha merced y confirmacion no se entienda ni se extienda en lo que toca á las dichas tres leguas de termino rredondo por ende nos vos mandamos a todas e a cada uno de vos que todos guardeis e cumplais esta nuestra provision merced e confirmacion en ella conthenida segund y como en ella se contiene e contra el thenor e forma della ni contra cosa alguna ni parte de lo en ella conthenido no vayades ni pase les ni consintays yr ni pasar en tiempo alguno so pena de la nustra merced y de cient mill pesos para la nuestra camara e mandamos que se tome la razon & dada en burgos a seys dias del mes de setiembre del año del señor de mill e quinientos e veinte e un años firmala e rrefrendada de los dichos.

El tres, al clarear el día, ante el altar, llenos de unción, de fe y de amor, unieron para siempre sus destinos dos estimables jóvenes, adornados de cualidades buenas. Son esos felices desposados Augusto Arango, joven activo, culto y apacible, y Ana Isabel Icaza, bella, apuesta y virtuosa en el esplendor de sus quince primaveras.

Dignos como son de la felicidad eterna, los votos del cronista son todos porque la senda que recorran, esmaltada de flores, no tenga para ellos tropiezos ni peligros.

* *



El retrato que arriba aparece es el de un notable poeta y literato francés, Henry de Regnier, miembro de la Academia francesa.

Regnier, que es casado con una hija de José Maria de Heredia el inmortal autor de *Los Trojes*, es considerado por algunos como el primer poeta francés de actualidad, puesto que le disputa Jean Moreas el griego sublime.

* *

Cierro estas líneas con una noticia agradable para los que algo se preocupan por el progreso del país. Don Carlos Endara, conocido artista, acaba de completar la instalación de su taller de fotograbado, y ya, desde el próximo número, se engalanará EL HERALDO DEL ISTMO con grabados nacionales, hechos por el señor Endara. El suceso bien vale la pena de registrarse, y de felicitarnos todos por él. No pensáis lo mismo, adorables lectorcitas mías!

Largo viaje

José Agustín Arango Jované, Coronel de la República Istmeña y Edecán de S. E. el Presidente de ella, emprendió el viaje sin retorno en la tarde del 6. El sentimiento ocasionado por su partida es grande. Joven inteligente, caballero cortés y militar sin miedo, supo captarse todo el cariño y toda la estimación públicos. Se va en la segunda juventud, la que temple los ardores primeros y depura de ilusiones el ideal humano, preparando para las luchas de la edad viril.

Deja el viajero una esposa inconsolable, una larga y cariñosa familia afligida y un grupo numeroso de amigos que sienten sinceramente su pérdida y que no pudiendo resignarse ante la verdad aterradora, murmuran con el dulce Nájera:

“El borgoña en su copa aun le espera; vibrando están las cuerdas del piano; vinieron á buscarlo y..... está fuera, Pero él ha de volver.... ¡Es muy temprano!”



A GOSTO, el mes del sol lujoso, ha entrado ya, y ahora, mientras escribo estas líneas, una claridad radiante que invade el cielo y hace más fácil la observación hasta en sus mínimos detalles de los objetos que nos rodean, me obliga á recordar el derroche de luz con que el Astro Rey baña al pueblecito en que nací, durante los meses calurosos y bellos de verano.

Allí la atmósfera parece más diáfana y la sombra de la montaña á cuya falda reposa el caserío, resulta preciosísima al destacar sobre ese fondo verde azuloso halagando la vista, los techos rojos de las casitas y la hermosa torre, erguida y blanca, de la iglesia que con la voz de sus campanas, ordena el descanso á los trabajadores á la hora melancólica en que el día agoniza, derrotado por las primeras sombras de la tarde.

Momentos antes las muchachas del pueblo, en grupos pequeños, llenando el aire con la sonoridad armoniosa de sus risas frescas y cristalinas, han ido al arroyo vecino en busca del agua necesaria para el día siguiente, llenas siempre de salud y vida, de lozanía, de perfume y de belleza.....

El cuadro pastoril—que yo nunca me canso de contemplar—es uno de los más simpáticos y atrayentes que he mirado en mi vida, y tiene para mí el raro y agradable don de hacerme evocar horas y recuerdos felices de mi niñez tranquila.

Y las muchachas bajan—domando el llano con sus trajes vistosos y sus zapatos de raso de distintos colores—con sus *meriques* recostados firmemente á sus caderas de formas graciosas, llenas y redondas, bien peinados y adornados sus cabellos con jazmines y rosas que fácilmente—mi pueblo es la patria del Amor y de las flores,—han adquirido en algun huerto del caserío.....

¡Ah, mi terruño!.....

* *

Aquí sobre mi mesa de trabajo reposa una postal, fruto de simpatía de un distinguido caballero para la señora esposa del primer Ma-

gistrado de la República, que para su publicación en esta Revista ha sido enviada al amigo Aurelio Máximo.

Dice así la postal en referencia:

“La revolución que dió por resultado la emancipación de Sud América, comenzó en Quito en 1809. Doña Manuela Cañizares á quien llamaron “la mujer fuerte,” era la más decidida por la revolución y á ella se debió el éxito alcanzado en la noche del 9 de Agosto.

También el tres de Noviembre tuvo su “mujer fuerte.” Doña María de Amador á cuyo

entusiasmo y nobles esfuerzos, brillaron para el Istmo auroras de Redención.—ARÍSTIDES ARJONA.”

* *

Ramón Quezada (*Sáid*), compañero de armas de la República de Nicaragua, publica en el número 1.º de *Minerva* revista literaria de Managua, los siguiente versos que con placer reproduzco, por ser la inspiradora, señorita de altas prendas, de una belleza admirable y buena amiga de EL HERALDO DEL ISTMO.

He aquí los versos de Quezada:

A LOLITA VALLARINO

EN PANAMÁ

Niña,
Niña hermosa que enloqueces, dulce niña que enamoras.
Que enamoras.... que enamoras
Con tus ojos tan profundos,
Con tus ojos tan ardientes,
Con tus ojos tan oscuros.....
Allá van estos cantares de las ondas afligidas,
De las ondas afligidas
De estos lagos tan inmensos,
De estos lagos tan azules,
De estos lagos tan inquietos.....
Y por ellos princesita de los cuentos ignorados,
Y escritos por Darío sobre pétalos rosados,
Me enviarás una sonrisa de tus labios encendidos,
De tus labios encendidos.....
De tus labios nacarados.

SÁID.

El poeta centroamericano, tal vez al ver publicado por esta Revista en uno de sus primeros números el retrato de la señorita Vallarino, leyó con placer este verso de *Romeo*:

Rindámoste homenaje de leal admiración

y lleno de sentimiento, sugestionado por la contemplación de la belleza absoluta, escribió esas líneas imaginándose que viajaba por el dulce país del Ensueño, en donde la Belleza tiene siempre su trono.

Poeta amigo, gracias por vuestro galante homenaje!.....

* *

Las canas de mi madre

(VIENDO SU RETRATO)

Imagen bella de mi madre amada,
En esta inmensidad dulce consuelo;
Cuán hermosa te encuentras colocada
En tu marco de rojo terciopelo.

Se reflejan de tu alma las virtudes
Tras las pupilas de tus bellos ojos;
Y aire regio que impone multitudes
Te dan de tus cabellos los manojos.

Esos lampos de plata cual auroras
De un despertar en época de invierno,
De tus viejos pesares son las horas,
De tu pasada vida el sello eterno.

Son ellos tus inmensas amarguras,
De un pasado infeliz recuerdo triste;
De aquél dolor sin fin son las torturas
Cuando á mi padre en mi niñez perdiste.

Ellos son tus cuidados y desvelos,
Aquéllas noches largas de agonía
En que, implorando á los sagrados cielos,
Te encontraba llorando el nuevo día.

Mientras que alegre, á tu sufrir ajeno,
De tus crueles dolores inocente,
Me dormía feliz sobre tu seno
Al tierno arrullo de tu orar ferviente.

El valor ignoraba de esas canas,
De acerbo padecer emblema santo;
Guedejas que la luz vieron tempranas,
¡Pobres! nacidas del dolor y el llanto!

¡Sedosas, negras cabelleras, lejos!
¡Lejos dorados y esplendentes rizos!
¡No teneis de estas hebras los reflejos!
¡No tenéis de esta nieve los hechizos!

¡Vosotras no sabéis que son dolores,
Brotáis, pero impelidas por los años;
Vivís solo entre halagos seductores,
E ignoráis de la vida los engaños!

¡Oh, canas de mi madre venerables!
¡Oh, imagen que mis penas aminora!
Al través de estos mares insondables
La ofrenda recibid del que os adora!!

JOSÉ GUILLERMO BATALLA.

New York, Junio 18 de 1905.

Notas

Lo que nos dice un señor don Tal

Sin sorpresa, porque estamos acostumbrados á oír toda clase de gruñidora disonancia que generalmente brota del hocico de la innoble pasión que amarillenta el rostro, y sin indignación, puesto que lo que se nos dice apenas alcanza á importunar nuestro desdén, hemos leído en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, las históricas frases que reproducimos á continuación:

"Revistas Panameñas.—EL HERALDO DEL ISTMO.
—Director: Guillermo Andreve.

Una prueba de la fuerza literaria de Colombia la da EL HERALDO DEL ISTMO, al recoger en sus páginas la producción mental de los panameños. Aquel fragmento de Colombia, separado ayer de ella por una misteriosa ciénega (?) vírgen, y hoy por la garra de una política cartaginesa, célebre sólo por ser un accidente geográfico entre el azul de dos mares, fué siempre el fragmento más antiliterario de Colombia. Hoy en la luna de miel de su libertad, bajo el ala rubia del dollar, en sus humos de República, la antigua vanidad, la vieja herencia noble, la gallarda sangre recóndita, ha puesto en la mano de los que nacieron en esa puerta que se abre, la pluma, é intentan, con una ingenuidad infantil, toda audacia, repujar y pulir en el metal de la lengua, joyas de prosa y rima, sin pensar que su literatura á pesar del oro y del hierro yankee, es colombiana. Darío Herrera, al parecer nacido en esa tierra, donde lo que menos vale es la tierra puesto que estorba á la civilización, aparece hoy como la primera pluma literaria de Panamá, después de haber sido un escritor

de los buenos de Colombia. Cabeza de ratón panameña y no cola de león colombiano, parece haberse dicho el poeta amigo, á cuyo alrededor, en EL HERALDO DEL ISTMO, se ha agrupado una juventud, ni muy numerosa ni brillante, en los cuales figuran los nombres de Julio Arjona Q., Antonio Burgos, Simón Rivas, Manuel E. Amador y otros, que en el alba de esa república cosmopolita, tristemente efímera, guardan todavía en el encaje de sus crepúsculos, como broche de oro, la chispa breve de un fuego fatuo literario, escapado tal vez de la vírgen ciénega (?) enorme que le hace la caridad de unirle á un robusto y lírico pedazo de la América-hispana. (?)

A. FERNÁNDEZ GARCÍA."

De todo lo transcrito se deduce: que EL HERALDO DEL ISTMO, al recoger en sus páginas la producción mental de nuestros literatos, da una prueba de fuerza literaria indiscutible; que Panamá ha sido el fragmento más antiliterario de Colombia; que al señor Fernández García, apesar de tener el alma muy bella, como en estilo anémico él mismo asegura en un mezuquino artículo, le sientan muy mal, tan mal como la fealdad del carro que arrastraba su alma bella, nuestros humos de República independiente bajo el ala rubia del omnipotente dollar: que por causas de nuestra vieja dependencia de Colombia, es por lo que podemos tomar la pluma—como si Colombia nos hubiera enseñado algo—y eso con audacia infantil, para con el metal de la lengua repujar y pulir joyas de prosa y rima, sin pensar que nuestra literatura, apesar del oro y hierro yankees, es colombiana, advertencia que puede valorarse como una sandez redonda y cabal, y por último que en derredor de EL HERALDO DEL ISTMO, se ha agrupado una juventud, ni numerosa ni brillante, que en el alba de nuestra República, tristemente efímera, guarda la chispa breve de un fuego fatuo literario escapado de la vírgen ciénega que nos une caritativa á un pedazo de la América hispana.

Muy bien! Aplaudimos el criterio chibcha con que nos juzga, pero aquello de *la vírgen ciénega* si no es un disparate, al menos hay que aceptarlo como una potetería literaria muy de ocasión y que sienta á las mil maravillas al cardumen de críticos de nuestras republiquillas, los que desgraciadamente no son otra cosa que Yafetos zaragateros.

Pero basta; y dada la belleza de alma del señor Revistero, confiamos en que no muy tarde, nos aprovecharemos de su neurosis, ó por mejor decir, desu ictericia intelectual, para que nos prologuice las proclamas de Roosevelt y los decretos de Marroquín; y basta, repetimos, que el asunto no merezca mayores consideraciones y sobrado buen sentido tiene el lector para comprender que en este caso se trata, nada menos, que de su Excelencia el señor Zoquete.

R.

Clarínada

Con frecuencia recibimos, indudablemente para su publicación en esta Revista, prosa y versos del todo ingenuos, que van al cesto sin remedio alguno. Ojalá que los aficionados á esos envíos los suspendieran, pues sólo publicaremos de hoy en adelante material de colaboración solicitada, ó el que nos envíen nuestros amigos literarios del exterior.

Personal

El joven Enrique Abad, recientemente llegado de los Estados Unidos, acaba de terminar con éxito sus estudios de comercio, y el diploma que ha recibido de sus maestros acredita su competencia y dice bien de sus cualidades intelectuales. Por error nuestro, al saludarlo en número pasado, dijimos que venía á pasar al lado de los suyos época de vacaciones. Nos place hoy rectificar nuestro dicho y felicitarlo cordialmente, lo mismo que á su señor padre don David Abad, por haber terminado con lucimiento su carrera.

Por la Patria

Roberto Lewis, el artista genial, ha obtenido un nuevo triunfo en París. Un cuadro suyo, expuesto en el salón de la Exposición de París y Provincias obtuvo un premio, el tercero, consiste en una medalla de *vermeille*.

Al felicitar al amigo nos sentimos orgullosos de sus triunfos que en definitiva vienen á ser de todos, pues que la gloria que él alcanza es gloria nacional, ya que es costumbre estable-

cida que sean para la Patria los méritos que sus hijos cosechan en cualquier campo, muchas veces sin auxilio de ella.

Buen suceso

José Santos Chocano, el poeta de los Andes, ha encontrado en Madrid una acogida afectuosa y entusiasta en grado tal como de seguro nunca imaginó el buen amigo. Todos los periódicos han encontrado para él frases de elogio y todos los literatos hispanos lo han recibido con cariño. Mariano de Cavia, entre ellos, ha tenido para el poeta peruano palabras fraternales, de esas que llegan al corazón.

Chocano no ha sido insensible á esas demostraciones y su alma vibra inspirada por seres y cosas españolas. Y da á los vientos de la publicidad ya su prólogo de *Alma de América*—libro en preparación en que hace dedicatoria de la obra á Alfonso Rey, ya sus bellos versos *En el Museo del Prado*, los primeros que produjo en tierra española, á los que damos cabida en lugar aparte, acompañados de *El Inaparcial* de Madrid de 3 de Julio.

Duelo

El Doctor Ramón Valdés Lopez, Procurador General de la Nación y ciudadano meritorio, falleció en la noche del 6 al 7 del presente mes. Amigos y apreciadores del extinto, sentimos su muerte y presentamos á su hijo don Ramón M. Valdés, y con él á los demás familiares, nuestra expresión de condolencia.

En otro lugar publicamos el retrato del finado acompañado de unas bellas líneas de nuestro ilustrado colaborador Doctor Ponce Aguilera.

El cementerio

Rechinan las puertas sobre sus goznes emmohecidos y nos parece escuchar extrañas quejas que se escapan al infinito por los arcos rotos, ó se pierden vagamente á lo largo de los corredores de gavetas, como si el espíritu de la soledad huviese sorprendido á nuestra llegada. Creyérase que las marmóreas estatuas de los monumentos se han puesto en pie de improviso, y una salva de bustos nos mira fijamente con sus ojos en blanco.

El musgo, las ortigas, las bardanas han brotado entre las desunidas losas: los arbolillos sin cultivar nos detienen el paso con sus ramas, como si nos suplicasen que no siguiéramos adelante. Las rosas parecen ensangrentadas entre las espinas, y las gotas de lluvia suspendidas en sus pétalos brillan como lágrimas; las flores ahogadas por las yerbas nocivas exhalan perfumes extraños que producen ensueños ó vértigos. —Th. GAUTIER.

Folleto

Acusamos recibo del folleto *La Punta de Chama*, del señor General don Rafael Aizpuru, Inspector General del Ejército Nacional. Agradecemos el envío.

Mi Misa Rosa

Aristides Moll nos envía con galante dedicatoria, desde Ponce en Puerto Rico, su libro de versos *Mi Misa Rosa*, del cual hablaremos en nuestro próximo número.

Eclécticas

La segunda entrega de *Eclécticas* se reparte con el presente número. Dificultades materiales nos impidieron repartirla con el número 38.

Concurso literario

Proyectamos abrir un concurso literario con motivo del segundo aniversario de nuestra independencia de Colombia. En próximo número publicaremos las condiciones.

Sobres de todas clases acaban de recibir los señores Chevalier, Andreve & Compañía. - - -

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

— DE JEAN DE LA HIRE —

Traducción de EVERARDO VELARDE

CAPITULO SEGUNDO

IV

Omnia vincit Amor.

VIRGILIO.

(Continuación)

En los primeros días de Enero comenzó á nevar, causando una gran admiración. Los habitantes de Baillaury afirmaban que, desde hacía más de diez años, no se había visto la nieve sino sobre las cimas más elevadas de las montañas: en Madeloch, las Abejas, la Torre del Mediodía y el Canigon. En verdad, el lecho de nieve tenía apenas dos dedos de espesor y el sol en poco tiempo la derritió toda. Desde la ventana de su cuarto, Blanca que adoraba la virginidad cándida de la naturaleza, pudo ver las montañas y el valle adornados de una blancura resplandeciente.

A lo lejos, las casas de Collioure centelleaban al contacto del sol, netamente destacadas sobre la mar azul, entretanto que hacia el centro del valle el río, congelado en parte, despedía gavillas de fuego. Delgadas franjas raramente trinchadas, en formas de encajes caprichosos decorando el jubón de los árboles, colgaban de las ramas formando aquello una como deslumbrante hechicería de luz, algo como un ornato lujurioso de pantomima.

Durante todo el día, Jacobo corría por la montaña, regresando á las horas de comida con la tez enardecido por la fría brisa, los cabellos en desorden y las manos desolladas por las puntas de las rocas que escalaba.

Un día que permaneció largo tiempo en un desfiladero en donde los vientos soplaban con impetuosidad, fue víctima al

regresar al castillo de un violento dolor de cabeza acompañado de calofríos. Alarmada, Blanca lo hizo acortarse, mas al día siguiente habiéndose declarado una fuerte fiebre, corrió á advertir á su abuelo quien, algo médico, examinó al enfermo:

— Jacobo ha pescado un resfriado. Una ligera bronquitis... Más temo la fiebre. Con un temperamento semejante ello puede hacerse grave... Sin embargo, si delira por momentos, no te asustes, Blanca... No temas nada; nosotros lo curaremos.

Prescribió la quinina, una poción caliente y regresó á su habitación.

Hasta por la tarde, Blanca prodigó á Jacobo toda clase de cuidados. Demasiado abatida, no se quedó dormida sino muy tarde. Luisa, fatigada, dormitaba sobre una silla en el comedor. Blanca le permitió retirarse y pasó ella también á su cuarto.

Después de haber encendido la lámpara, se detuvo casualmente ante el espejo y se contempló: uno de los lazos de cinta que adornaba su cabeza, habiéndose aflojado, caía sobre una de sus mejillas cubriendo enteramente el lóbulo de la oreja. Viéndose así, tuvo una humorada y, con las puntas de los dedos, lo alzó, forzándose por arreglarlo, pero de nuevo cayó. Entonces, deshaciéndose completamente el peinado, no obstante ser la ora inadecuada, quiso peinarse de nuevo. Más, al comenzar, inconscientemente, encontró bello su rostro encuadrado por el rondal adorable de su suelta cabellera, y sonriente, carantoñera, volviendo á media la cabeza, se admiró con coquetería. No bastándole el espejo, se dirigió hacia la *psyché*, hizo girar los vidrios y se contempló de frente, de perfil y de tres cuartos. Por un extraño fenómeno de lógica, al mismo tiempo que el sentimiento de su belleza, sintió nacer en sí la sensación de la debilidad inherente á su sexo.

Su vida sedentaria, sin lucha contra los

fastidios de la existencia, sin preocupación por el inquietante mañana, sin trabajo fatigante por los resultados problemáticos; había poco á poco desarrollado en ella esa sensación de debilidad, de la cual, hasta entonces no se había dado cuenta. Y la necesidad de apoyarse sobre algo, la necesidad de agradar para encontrar y conquistar ese apoyo, la había vuelto insensiblemente coqueta, atenta, más que en el pasado, por los encantos de su cuerpo. Fué por eso por lo que durante mucho tiempo se miró, vagamente feliz del descubrimiento de su fuerza, de su propia fuerza. En su alma despuntó de súbito la eflorescencia de un sentimiento: el fastidio de no tener á nadie en quien ensayar y ejercer su poder. Luego, seria, cruzó por su imaginación este pensamiento: No estaba allí Jacobo en quien podía constatar la influencia de su gracia. Satisfecha, dirigiendo con mano experta las tres caras de la *psyché*, rememoró las circunstancias en las que la virilidad de Jacobo se había arrojado ante el altar de su belleza. No era él acaso un admirador, un amante cual los de apasionadas novelas, cuando, al pie de la montaña de las Abejas, le había gritado con un arranque de su naturaleza joven y cándida: Tu eres bella? ¿No era él un apasionado de sus caricias cuando, después de la muerte de Juan Bautista, se había sentido gozoso porque esa muerte lo desembarazaba de un rival?...

(Continuará.)

